

¡Venga tu Reino!

ASCENSIÓN

1-. Decía la primera lectura que **los apóstoles se quedaron un buen rato mirando hacia el cielo**. Tanto, que Dios tuvo que mandar a unos ángeles vestidos de blanco que les dijeran: ¿Qué hacéis ahí parados mirando al cielo?

Pues bien, yo creo que si esos mismos ángeles nos vieran a los cristianos de hoy, quizás nos dirían lo contrario: ¿Qué hacéis ahí mirando hacia el suelo?

- Pensamos poco en el cielo. Nos preocupan cosas pequeñas, inmediatas o penúltimas, pero se nos olvida pensar en las últimas. Nos agarramos a los medios y se nos escapa el fin. Nos detenemos en el camino y se nos difumina la meta final.
- Y, sin embargo, en la vida, como en todo, lo que importa es el final. Como decía Santa Teresa, “al final de la vida el que se salva, sabe; y el que no, no sabe nada”. De nada sirve ganar una batalla, si se pierde luego la guerra (en México celebramos alguna batalla de éstas, que luego el gran optimismo mexicano las convirtió en gloria nacional...) De nada sirve, en un partido, hacer bonitas jugadas, incluso meter goles, si se pierde el partido. Lo mismo en una historia: lo que importa es el final. Quizás el protagonista era muy bueno, pero al final... Ahí está, es precisamente el final lo que decide la historia.
- Tenemos que pensar más en el cielo. No sólo para no pecar, como decía el refrán (Acuérdate de los novísimos y no pecarás), sino para motivarse. Ver hacia el final motiva para seguir adelante en el camino. Y también para orientarse, para no perderse. Dice un refrán irlandés “que el que no sabe a dónde va, cualquier camino le lleva ahí”. Que no nos pase eso a nosotros. Saber la meta: el cielo. Y saber que el buen camino es el que lleva a la meta. No el que me gusta, el que es bonito, cómodo, atractivo... sino el que lleve a la meta.
- Tenemos que preocuparnos por llegar al cielo y para que las personas a las que amamos lleguen también. Pedir la gracia de nuestra perseverancia final. Hacer todo lo posible para que nuestros amigos y familiares caminen por el camino correcto... el que lleva a la meta.

2-. La segunda reflexión la quisiera sacar del evangelio. Dice el evangelista que **los apóstoles regresaron a Jerusalén, llenos de gozo**.

Siempre me llamó mucho la atención este versículo del evangelio. Realmente no me cabía en la cabeza cómo podían estar felices los apóstoles viendo que Jesús ya se había ido...

Me parecía mucho más lógica la actitud que describe Fray Luis de León en su Oda a la Ascensión:

“Y dejas, Pastor santo
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y Tú, rompiendo el puro
aire te vas al inmortal seguro...”

Y, sin embargo, me venían a la mente las palabras de Jesús en la Última Cena: “Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre...” ¿Qué quería decir con eso?

Yo creo que la respuesta es que en la Ascensión no se trata de una despedida, sino de una desaparición. En la despedida, el ser querido deja de estar presente, cercano. Se va. En la desaparición, está ahí, pero no lo veo. El P. Cantalamessa pone el ejemplo de la hostia: cuando en la Misa el sacerdote la levanta, la podemos ver; cuando ya la comulgamos, ya no la podemos ver, pero está dentro de nosotros.

Para los apóstoles Jesús está más presente después de la Ascensión que antes. Antes lo veían, lo tocaban. Después, está dentro de ellos. Gracias al Espíritu Santo, que ha venido a nuestra alma, la Sma. Trinidad entera ha hecho su templo en ella. ¡Qué verdades tan hermosas y consoladoras de nuestra fe! Que nos tienen que impulsar a vivirlas y a disfrutarlas...

En conclusión, esta fiesta nos tiene que animar a pensar más en el cielo, a desearlo más, a hablar más de él. Y, por otra parte, a vivir ya desde ahora un cielo anticipado, disfrutando de la presencia interior de Dios en nuestro corazón.